

UNA CIUDAD ENCANTADA



Tiene algo de proa, de orgullosa proa, más aún, de león altivo que se incorpora, el frente de la gigante masa central de piedra que con otras dos de análoga postura delimita las grandes avenidas de la misteriosa ciudad. Esta vacilación entre la forma viva y la pura pesantez, hace más expectante el profundo silencio, silencio que no altera el rumor hondo del pinar rompiendo mansamente al borde de la ciudad.

CUENCA, en España, prepara disimuladamente al viajero para la visita a la Ciudad Encantada. La brusca sorpresa sería demasiado... Por ello, lleguéis por un lado u otro, os recibirán pinos que abandonando la unanimidad del pinar se asoman, solitarios, a los abismos; que, despeñados, no acaban nunca de caer o que al fondo de pavorosas cuencas que por aquí llaman «torcas», se ahilan en desesperado intento de conquistar la luz.

Veréis en las piedras formas de iniciación, de adiestramiento, ya modeladas, junto al hervor primigenio de masas-rocosas talladas, cuando más, rudamente, a grandes planos, por la helada. Y al llegar a la ciudad de Cuenca, la primera de las ciudades encantadas de esta región consignada a la magia, estareis en condiciones de admirar las maravillas que os esperan, iniciados ya... Escribo «iniciados», a sabiendas de lo que quiero decir, porque nos hallamos, ciertamente, en lugares de encantamiento.

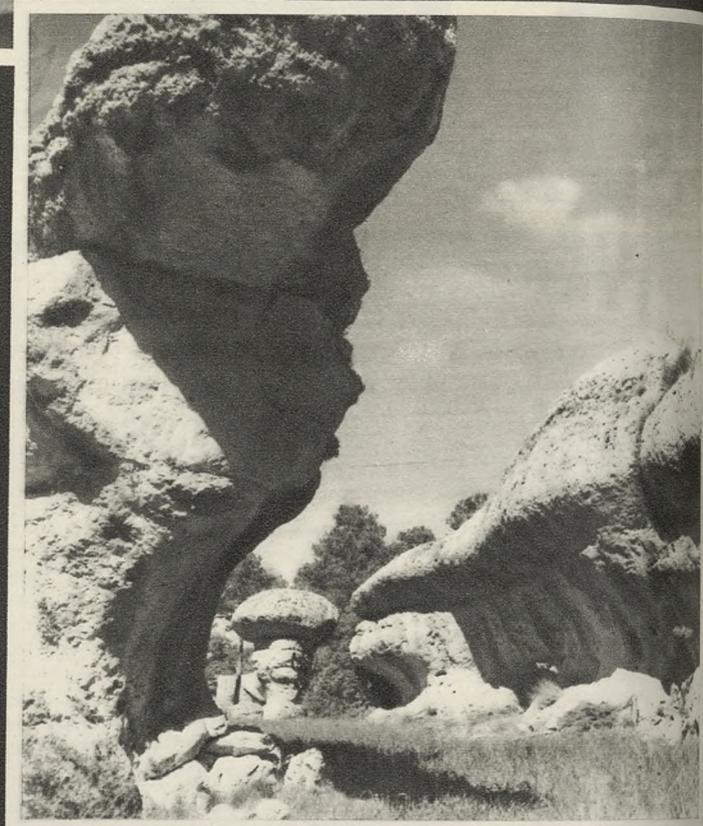
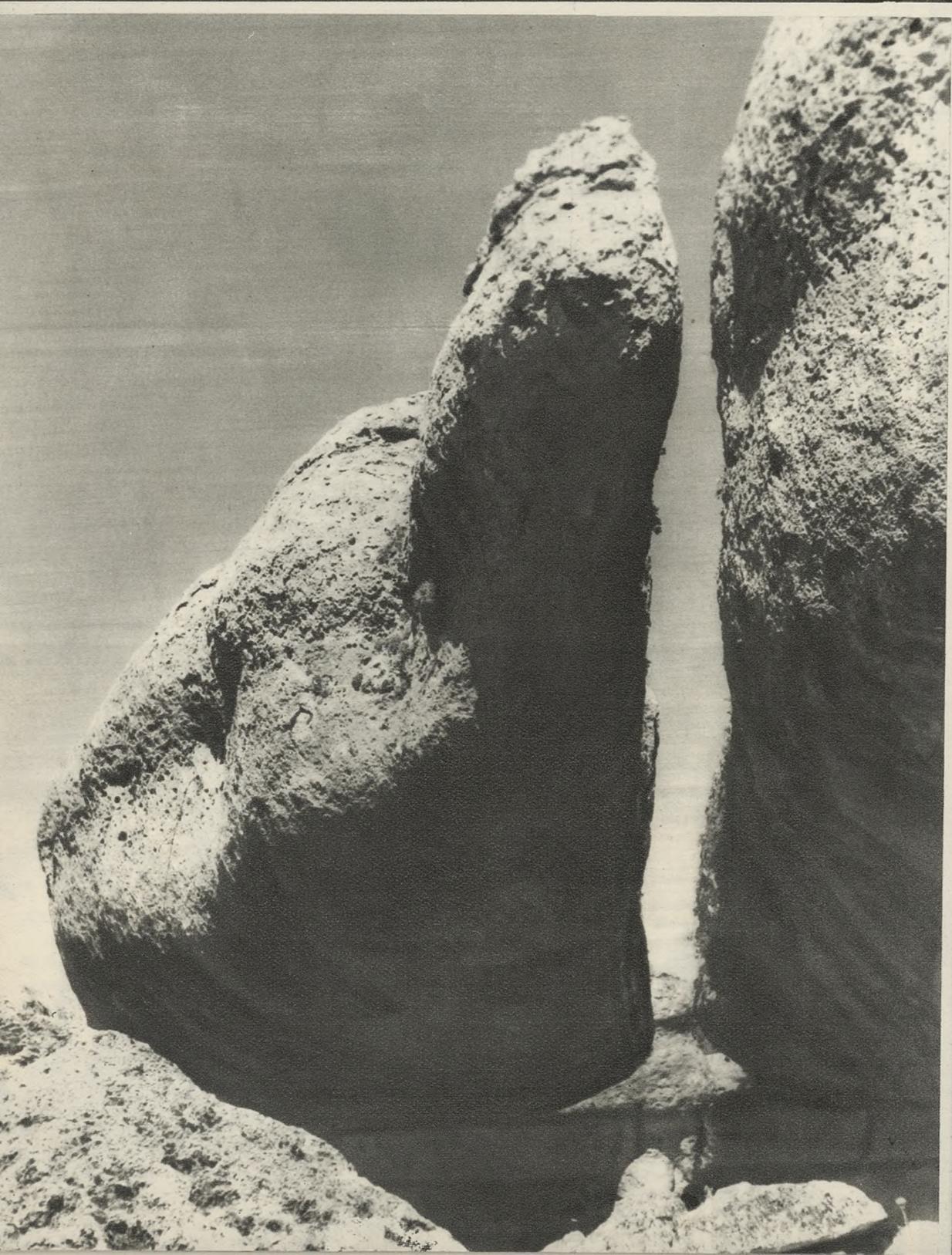
Para los más quizá baste el espectáculo único de la ciudad de Cuenca, en volandas de roca, sobre un piso o pedestal donde tallada está la teogonía más extraña que se conoce. Venced no obstante la sugestión de esta primera maravilla y a dieciocho kilómetros y sobre una cumbre de mil trescientos metros visitaréis la famosa Ciudad Encantada. No hacéis demasiado caso a los geólogos cuando os hablen de erosiones de aguas y vientos sobre un suelo cretáceo... Algo tienen que decir los pobres para justificarse. Yo, que como hijo de estas tierras estoy en el secreto, os aviso: La razón está más allá... Cuando hayáis visto me entenderéis del todo.

F E D E R I C O M U E L A S
Cronista Oficial de Cuenca

«El Tormo Alto» ha pasado a ser la expresión en piedra viva de todo el mundo extraño que a su alrededor y en mil formas distintas desazona al visitante de la inmensa ciudad silenciosa. Erguido, casi en retadora actitud, en trance de vuelo, amarrado apenas por un pedúnculo que las aguas y los vientos hacen más delgado cada día, esta maravillosa cometa de piedra se aproxima lentísimamente—cada año unas décimas de milímetro— al límite fatal, inexorable, en el que, abatido, hundirá su gallarda proa en la tierra. El ánimo se sobrecoge pensando en la cifra, la fórmula en roca que la airosa mole representa. Acaso el instante de su derribamiento sea el señalado para que todo este misterio roquero, toda esta magia formulada de manera tan rotunda, destrence su arcano recatado durante milenios. Mi intuición de hijo de estas tierras me hace hablar así: Porque yo sé que en esa hora remota un temblor o calofrío recorrerá las vértebras de piedras articuladas de extravagante manera bajo la guarda silenciosa de «El Tormo Alto».



← Dintel, arco triunfal, balaustrada, pasadizo, dolmen... El hombre se pregunta la razón de la gigantesca presencia, alzada allí donde las gentes sitúan el arrabal de la ciudad. Quizá la respuesta esté en el gesto grácil del pino apoyado delicadamente en el rocoso antepecho o en el ademán sumiso y cabizbajo con que se disponen desde milenios a iniciar el desfile, los probocidios en piedra alineados frente a la monstruosa arcada, que espera su paso.

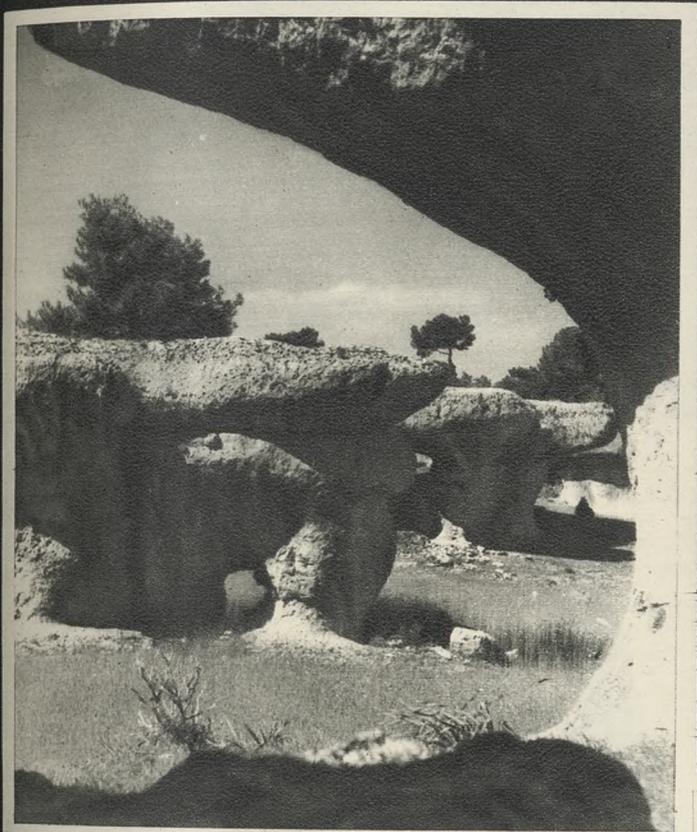
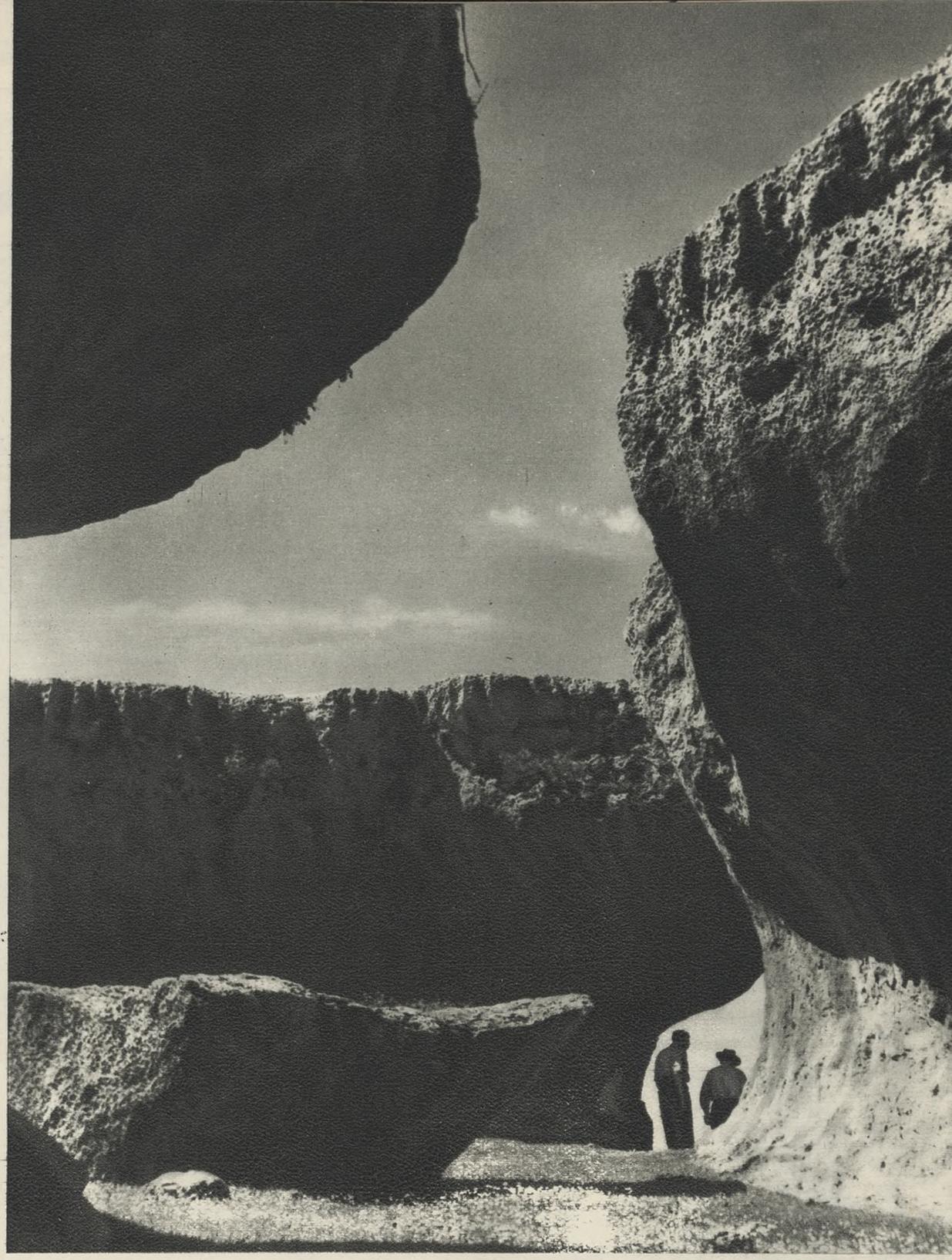


↑ Indiferente a las horas y a las estaciones, este mundo parece sumido en el recuerdo de alguna época lejana o en espera de un acontecimiento inusitado. El hombre en el tremendo escenario pasa inadvertido, menos que la tímida lagartija o la sierpecilla fugaz. Las cabras audaces, las rapaces altivas, se petrifican en actitudes copiadas de las rocas. ¡Cima de soledad para el inútil rigor de soles inclementes o de lluvias tenaces! ¡Orgulloso conciliábulo de preñadas frentes en las noches claras bajo el curioso parpadeo de las estrellas!

← ¿A qué época prehistórica, de qué especie desaparecida este ser, gigantesco y humilde, separado aun más que por millones de años por brumas de fábula de la memoria? En otro lugar cualquiera, su presencia nos sorprendería. En la Ciudad Encantada nos parece perfectamente lógico por razones que sobre la razón están.

Muy de vez en vez, las piedras se congregan hasta tocar sus frentes, en un afán casi humano de intimidad. La hierba despliega entre ellas su alfombra más jugosa y hay, en la primavera tardía, hasta el milagro de unas margaritas venidas en comunidad. El viajero que llega hasta estas rinconadas, estas plazoletas levemente cordales, piensa que acercándose a las piedras oír dentro como un abeja sonora, como un agua ciega... Pero las rocas de la Ciudad Silenciosa guardan celosamente su secreto, oculto hasta el final de los tiempos.

Pacen mansamente eternidad estos elefantes de piedra. Las aguas y los vientos modelan sus flancos, estilizan sus trompas. Y no faltan grajas insolentes que se aventuran sobre el lomo estimulándoles en vano, momentáneos cornacas. Frente a la rebeldía del *Tormo Alto*, engallado, campeador, la mansedumbre de estos elefantes de piedra, meditabundos, solemnes, casi oficiantes del gran rito de la portentosa ciudad encantada.



Centrando severo arco de rocas con majestad de aves de presa en reposo, un macizo pedestal. ¿Sería sobre este cerrado puño de piedra, en este ara salvaje, donde incineraran sus gentes, sus ásperas gentes indomables, el cuerpo de Viriato, vencido por la traición? A veces, sin saber por qué, el humo prolonga en el aire el ansia represada de estas gruesas columnas al arder, sin que nadie los prenda, tupidos fieltros de hierbas secas almacenados año tras año. Y a la memoria viene, sin querer, el recuerdo de las rudas exequias que en este lugar tributaron sus hombres al jefe muerto.